

SOBRE UN HONGO PARASITO INTERESANTE DE LA ARAUCANIA (CORDYCEPS SP.)

POR EL

REV. PADRE ATANASIO HOLLERMAYER

(Mis. Capuch.)

Hace años, cuando estuve trabajando en nuestra Misión de Puerto Saavedra, en la parte sur de la desembocadura del río Cautín, en la provincia de Cautín, efectué, una vez, a caballo, una salida del pueblo, en cumplimiento de mi labor misional.

Recuerdo que en esa ocasión se me juntó un joven del pueblo y conversamos sobre uno y otro tema, como también sobre pastos y sobre árboles, como sobre flores y demás cosas relacionadas con la Botánica.

El joven, al notar mi interés por esta ciencia me dijo:

—Padre, yo conozco una planta, que estoy seguro que Ud. no la conoce todavía.

—¿Y qué planta tan rara sería esa? pregunté.

—Es un gusano que en el suelo se transforma en una plantita, me respondió, y que tiene el aspecto de un palito seco.

Cuando le dije que eso no podría ser, él me afirmó que decía la verdad, prometiéndome llevarme un ejemplar de una tal planta, a la brevedad posible, al convento.

Pero, pasaron los días, las semanas y los meses, y el jovencito no se me presentó con la planta.

Pasó el tiempo y yo fui trasladado por mi Superior a la misión de Panguipulli, provincia de Valdivia, y allá era obligación mía ir una o varias veces al año al vecino fundo *Coreltué*, para celebrar servicio religioso.

En un día primaveral del año 1924, me encontraba de nuevo en *Coreltué* y aproveché las horas libres en recoleccionar insectos, musgos y plantas en un cercano bosque virgen.

Una vez me llamaron la atención en el suelo varios brotes (o plantitas nuevas de un solo tallo ascendente) de un color café - amarillento, debajo de unos árboles.

Pensé, en el primer momento, que pudieran ser brotes de alguna planta enredadera vecina. Quise ver de qué planta se trataba; saqué un ejemplar y me di cuenta de que salía con suma facilidad, que carecía de una verdadera raíz y que no estaba en conexión con ninguna otra planta cercana. Volví a examinar otro ejemplar, esta vez con mi palita que llevaba

conmigo y lo saqué con cuidado, encontrando que llevaba en su extremidad una pequeña protuberancia, pero que no era un bulbo verdadero. Volví a excavar un nuevo ejemplar, esta vez con más cuidado, aunque esto érame bastante difícil por las numerosas raíces del suelo, y al llegar nuevamente a la parte inferior ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con la cabeza de una cuncuna grande!

Inmediatamente recordé lo dicho por aquel jóven en Puerto

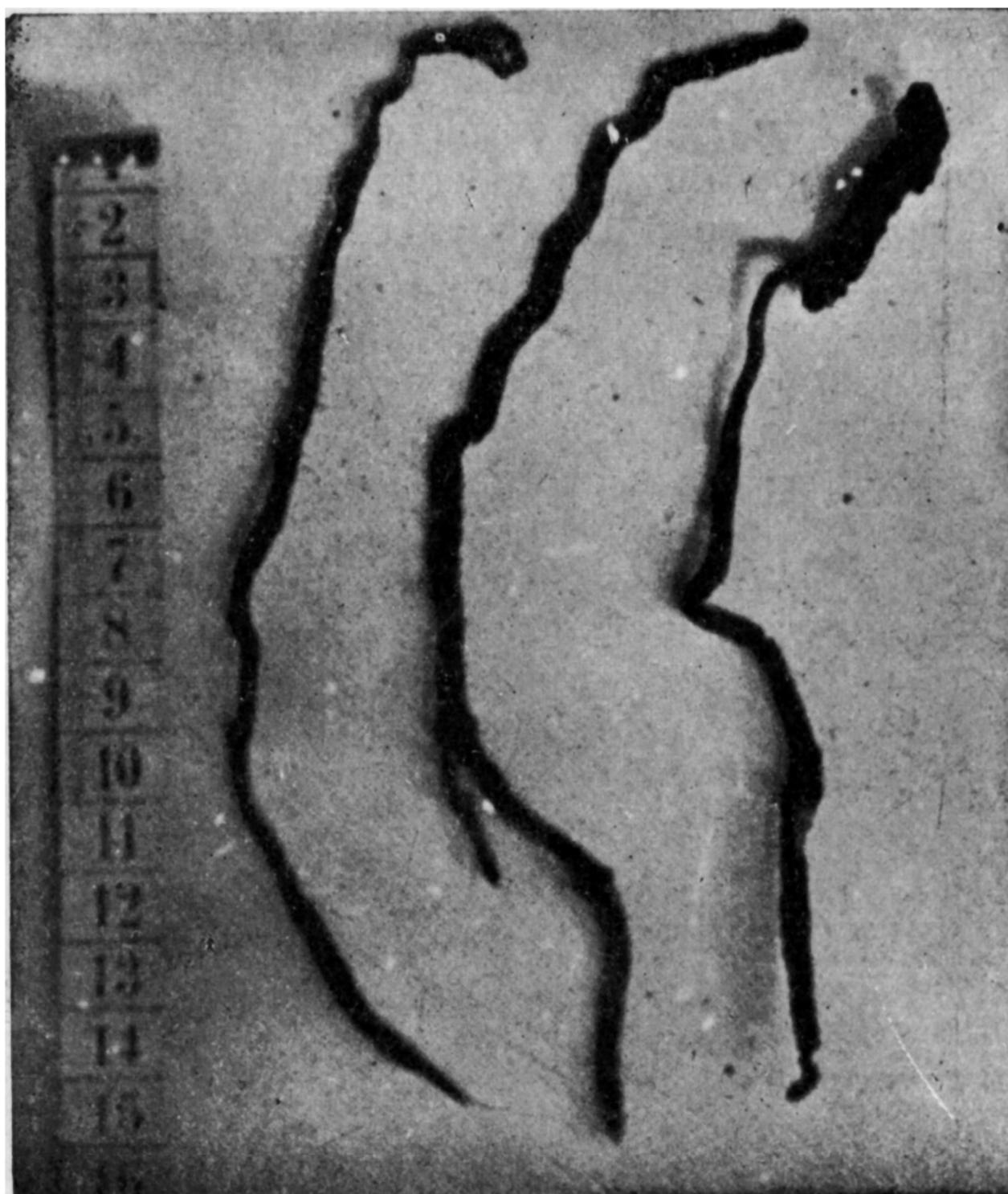


Fig. 12. *Larvas con Cordyceps.*

Saavedra. Un gusano (en mi caso, una cuncuna), en la tierra, que no se transformaba en vegetal, pero sí un hongo que parasitaba sobre él y en forma de un palito.

Entusiasmado por este inesperado hallazgo, seguí excavando varios ejemplares más, obteniendo varios cadáveres completos y secos de cuncunas, todas con un hongo desarrollado parásito, que en el estado fresco eran de un color café-amarillo, midiendo 4 a 5 milímetros de ancho por un largo de 6 a 10 centímetros.

En esa época se encontraba casualmente en Santiago el Dr. E. Werdermann, del Museo y Jardín Botánico de Berlín Dahlem, Alemania. Le envié algunos ejemplares de este hongo, con otros, e inmediatamente me contestó que mi hallazgo le había agradado e interesado mucho «este hongo, que pertenecía al género *Cordyceps* (otros autores escriben *Cordiceps*), un verdadero hongo parásito del grupo de los Ascomicetes, familia de las *Hypocreáceas*, a la cual también pertenece el *Claviceps purpurea*, que infecta al centeno, produciendo la droga *Secale cornutum*, de la cual, a su vez, se obtiene la ergotina, que tanta aplicación tiene en medicina».

Las esporas del *Cordyceps* infectan a la cuncuna viva; ésta, siguiendo su metamorfosis, se entierra, pero no alcanza a transformarse en crisálida; muere y es entonces cuando el verdadero hongo principia a desarrollarse, fructifica y vuelve a esparcir con el viento sus esporas. De esta manera infecta de nuevo otras cuncunas, que siguiendo su metamorfosis vuelven a desarrollar sus hongos, encontrando un medio favorable.

Observé que cada cuncuna poseía sólo un hongo y que éste salía siempre detrás de la cabeza.

A mediados del año siguiente me escribió un botánico del Museo Botánico de Berlín - Dahlem, solicitándome más material de este hongo, que le fué remitido por intermedio del Dr. Werdermann, adjuntándome, a su carta, un buen dibujo.

Le escribí que conocía muy bien el *Cordyceps* que él me solicitaba, pero sentía mucho no poseer ni un solo ejemplar, porque todos los que había coleccionado en Coreltué fueron enviados al Dr. E. Werdermann.

Además tuve que informarle que no había vuelto a encontrar más este hongo, lo que aun hoy día, después de tantos años, siento comunicar.

Por eso deseo, al escribir estas líneas, estimular y llamar la atención a los botánicos chilenos, para buscar este raro hongo, cuyo estudio biológico completo aún no se ha hecho, ni se conoce su nombre científico exacto.

TRUMAO, 15 de Julio de 1936.

